

## Halago y vejamen del argentino

CON su cordial amigo Pío Baroja, don José Ortega y Gasset ha escrito las páginas más definitivas y lapidarias sobre el hispano-americano. Podría formarse con ellas una antología del desdén del hombre del continente nuevo, «el continente estúpido» para usar la expresión de Baroja. Lo del «hombre malo de Itzea» no es para inquietarnos. Al fin y al cabo, el creador de *Zalacáin* se ha hecho una máscara de hombre agrio y descortés y lo arbitrario ha pasado a ser su obligada norma. Con todo, no está de más anotar de paso—sólo de paso, porque el tema daría lugar a largos y sutiles desarrollos—que es la gente de la América Española (me da rubor y vergüenza escribir *nuestra América*) la que da públicos más numerosos y atentos a la literatura de Baroja y Ortega y Gasset, aguijada acaso por sus desdenes sistemáticos o convencida de que en la frecuentación de tales autores estaba la clave de que cada vez que se preocuparan de América fuera para ejercitar olímpicamente su fácil deporte del menosprecio.

Lo de Baroja, digámoslo una vez más, no nos inquieta. Los únicos americanos que ha conocido son los que han ido con su febril inquietud de rastacueros a besarle las alpargatas a Irún deseosos de obtener una consagración de parte de tan estridente y díscola celebridad europea. Por otra parte Baroja que, a pesar de sus deseos de aparecer como un ogro espantable es apenas un buen hombre inofensivo, debe permanecer fiel a la áspera máscara literaria que tan dificultosamente se ha fabricado a través de su larga y gloriosa carrera de escritor. Y así el hombre «humilde y errante» que ha querido ser alguna vez, vive prisionero y esclavo de la ficción de novelista que él mismo ha inventado. Una vez más, el autor ha caído derrotado por el personaje. ¿Podría concebirse una página de Baroja sin impertinencias, sin faltas de sintaxis y sin una tácita visión egocéntrica del mundo? Porque, más que orgulloso, Baroja es soberbio en todo lo que escribe y en lo que deja de escribir. Hablamos del hombre literario. El hombre humano, con merecer todos nuestros respetos, es lo más antagónico a la máscara literaria que Baroja se ha inventado. Baroja de la máscara es áspero, violento, arbitrario, vagabundo, aven-

turero. Baroja de la vida cotidiana es blando, cordial, manso, doméstico y sedentario. (Así, por lo menos, se nos aparece después de leer el ensayo de su amigo Ortega y Gasset y el retrato de su paisano Salaverría.)

Por otra parte —y para prevenir las iras de más de un americano a flor de piel que expectora las más broncas maldiciones después de leer una página de Baroja— recordemos que él mismo ha escrito:

Bagaría me suele decir:

—El porvenir de usted es el aeroplano. Tendrá usted que andar por el aire preguntándose para bajar a tierra: ¿Dónde habrá un sitio por ahí del que yo no haya hablado mal?

No es el mismo el caso de don José Ortega y Gasset. Pensador que aspira a reunir en una obra clara y ordenada un pensamiento nuevo y original; gran escritor, mago de las imágenes y de las ideas; viajero curioso que define, interpretándolos, paisajes y pueblos, había interés por conocer sus impresiones de América. Si lo de Baroja nos parecían turbias reacciones humorales y servil sujeción a una máscara literaria que inventada por él había derrotado definitivamente a su propio autor, lo que dijera Ortega y Gasset tenía para nosotros el alto prestigio de emanar del maestro más escuchado hoy por las juventudes de los países de habla española.

Ya en el tomo II de *El espectador* nos decía con esa elocuencia de oro puro que hace vibrar sus períodos magníficos como una oración en un ágora de hombres diletos y selectos:

Desde hace años sentía latir dentro de mi un afán hacia América, una como inquietud orientada, de índole pareja al *nisus* migratorio que empuja periódicamente las aves de Norte a Sur.

Y hacía del pueblo argentino este elogio máximo:

*El espectador* será en lo sucesivo tan argentino como español—¿puedo decir más?—. Cuando se discutía el problema astronómico de la acción a distancia, los mejores físicos afirmaban que un cuerpo está allí donde actúa. Del mismo modo yo diría que un libro es de allí donde es entendido. *El espectador* es y tal vez será mejor entendido—mejor sentido—en la Argentina que en España. Podrá herir nuestra nacional presunción; pero es el caso que ese pueblo, hijo de España, parece hoy más perpicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano. Tiene, sobre todo, una cualidad que para mi estimación es decisiva: la de distinguir finamente de valores. Podrá aceptar cosas que en rigor no son aceptables: su lujo de vitalidad, su optimismo de abundancia y juventud le llevan a derramar admiración incluso donde huelga. Pero dentro de lo que atiende y acepta establece una exquisita jerarquía.

Y esta confesión íntima:

Dentro del reducido círculo de atención a que mi obra aspira, puedo afirmar que buena parte de mis lectores preferidos están en Buenos Aires.

Y sin entrever todavía su diagnóstico actual escribía en su ensayo sobre Azorín antes de atravesar en busca de la *terra incognita* el lomo azul del mar:

Unos oscuros aviones, borrachos de luz, pasan como saetillas gritadoras en tanto pienso: ¿qué será la Argentina? ¡El Río de la Plata, el Paraná, el Chaco, Tucumán, la Pampa, Buenos Aires! ¡Rumor de nombres fraternales! Sobre todo la Pampa. ... ¿Qué será la Pampa? Poco más o menos ya sé lo que es geográficamente; pero ¿qué será la Pampa sentimentalmente? A los treinta años el corazón de un hombre melancólico se desinteresa por la geografía, y si es sincero consigo mismo, advierte que, ante todo, le preocupan las cosas como entidades sentimentales. ¡La Pampa, Buenos Aires! Del fondo del ánimo toman su vuelo bandadas de esperanzas confusas, que van rectas a clavarse en un horizonte infinito como estos aviones oscuros parecen clavarse en lo azul. La vida de un español que ha pulido sus sensaciones es tan áspera, sórdida, miserable, que casi en él viven sólo esperanzas que no tienen dónde alimentarse, esperanzas escuálidas y vagabundas, esperanzas desesperadas. Y cuando en la periferia del alma se abre un poro de claror, a él acuden en tropel las pobres esperanzas sedientas, y se ponen a beber afanosas en el rayo de luz. ¿Qué será la Pampa vista desde la cima sensitiva de mi corazón?

Y pensando en América se dejaba arrebatado por un impulso lírico de cordial generosidad:

La palabra América, repercutiendo en las cavidades de nuestra alma, suena a promesas de innovación, de futuro, de más allá.

Era *El espectador* en ese tiempo un cuaderno de juventud que, según el mismo autor confesaba, no debía aspirar a la conquista del gran público. Es difícil sustraerse al encanto de la palabra de Ortega y Gasset y dejar de transcribirla aún en las simples notas de comunicación con sus lectores:

Es una obra íntima para lectores de intimidad, que no aspira ni desea el «gran público», que debería, en rigor, aparecer manuscrita. En estas páginas, ideas, teorías y comentarios se presentan con el carácter de peripecias y aventuras personales del autor.

Pasan apenas nueve años y en el tomo IV de *El espectador* Ortega y Gasset, como sin darle importancia, en una nota escrita en letra pequeña al pie de una página en unos apuntes de viaje, como un paréntesis nada amable en sus exploraciones por los paisajes de España y Francia («tierra dramática, tie-

rra apacible») lanza este tremendo y desapacible exabrupto, no la flecha en el blanco como él ama decir con bella frase aristotélica, sino un desproporcionado mazazo de titán para aplastar a una muchedumbre de pigmeos:

En el mundo hispano-americano la mayor parte de los escritores es de tan liviana condición intelectual, tan poco enterada de las cosas y tan audaz para hablar de ellas, que es peligrosa la circulación de las personas un poco más cabales. Como en algunos pueblos bárbaros no se ha llegado aún a conseguir la seguridad personal, así en los nuestros acaece dentro del tráfico intelectual. Por única vez y sólo por tomar un ejemplo entre otros muchos, quiero hacer aquí una advertencia. La idea a que el texto alude y que, como un *leit motiv*, fluye por casi todos mis trabajos será indefectiblemente atribuida a Spengler. Sin embargo, con las mismas palabras que en esta página, sólo que aplicada formalmente a la cultura (¡!) aparece ya en las *Meditaciones del Quijote*, publicadas en 1914, cuatro años antes que naciese la obra de Spengler. Y esto mismo acontece con otros muchos temas que son atribuidos a libros que yo mismo he hecho traducir con la generosa intención de ampliar la mente hispano-americana, tan angosta, tan poco generosa y tan imprecisa.

Prescindiendo del cambio de tono y de frente—que es total—cabe preguntarse: ¿Corresponde esta actitud a un pensador y a un maestro, al maestro que en el mismo tomo de *El espectador* escribe su admirable *Carta a un joven argentino que estudia filosofía*, o es la violenta reacción de la fácil y pequeña irritabilidad (entiéndase pequeña en un sentido ético) de un vanidoso profesor que se desespera porque algún insignificante escritor ultramarino ha atribuido a Spengler o a Keyserling o a Scheler ideas cuya prioridad reclama airadamente para sí el meditador de El Escorial? ¿Puede «la mente hispano-americana tan angosta, tan poco generosa y tan imprecisa» provocar legítimamente tales desafueros en quien proclama con énfasis magistral su «generosa intención de ampliarla»? ¿Puede existir tal generosidad en quien para practicarla siente paralelamente la necesidad de proclamarla? Preguntas que no tenemos la pretensión de responder pero que lanzamos al viento para que dibujen como una estela su vibración de saetas anhelantes.

Donde para nosotros asoma el maestro, el gran maestro, es—ya lo anotamos—en la *Carta al joven argentino que estudia filosofía*. Nunca había sido más elevado y digno el tono de una epístola. Y dentro de su serena gravedad, ¡qué lección más bella de claridad, de elegancia, de gracia! Estrangulando el énfasis, Ortega y Gasset llega a las playas de la verdad que el viento del alba mece con su matinal canción de exaltación y de alegría. Hace el elogio de la fuerza—de la magnífica fuer-

za que es el milagro del joven argentino—pero insiste en el valor de la disciplina cuya ausencia hace de los jóvenes mentes imprecisas, enfáticas, desorientadas. Faltos de criterio por entregarse ciegamente al fervor y olvidar la ordenadora claridad de una severa disciplina interna los jóvenes derrochan generosamente un entusiasmo superlativo en cosas que muchas veces son sólo creaciones de su ilusión fecunda. Se refirió en esa carta Ortega y Gasset a su libro *Marta y María o Trabajo y Deporte* que, aunque no publicado, nos es familiar a los lectores habituales del maestro español. Adivinamos, sembrados a lo largo de toda su obra, los gérmenes del admirable símbolo de las dos hermanas de Lázaro. Y la sentencia de Jesús que encuentra en Ortega y Gasset su más ilustre comentador: «María, tú escogiste la mejor parte.» En *El tema de nuestro tiempo* ha acuñado frases magníficas como la del «sentido festival y deportivo de la vida» y en esta misma carta nos advierte que

las cosas llamadas serias y útiles han sido en la historia miserables decantaciones, precipitados y como propinas del puro deportismo.

El tomo VII de *El espectador* amplía sus puntos de vista en un bello ensayo sobre *El origen deportivo del Estado*. Antes nos había anunciado un estudio sobre *El Estado, la juventud y el carnaval*—¿es acaso este mismo ensayo?—que pudiera ser el desarrollo del esquema que aquí deja dibujado.

Volviendo a la *Carta a un joven argentino* destaquemos esta frase preñada de enseñanza:

Yo espero mucho de la juventud intelectual argentina; pero sólo confiaré en ella cuando la encuentre resuelta a cultivar muy en serio el gran deporte de la precisión mental.

Frase que, en rigor, podrían recoger para sí todas las juventudes de América pero que el autor consagra a la argentina con el deliberado propósito de que no se atribuya a un falso halago la opinión por él manifestada de sugerirle éstas mayores esperanzas que de la de su península. Pero sólo hasta aquí habían de llegar las generosas efusiones del maestro con la juventud argentina que sabe amiga y entusiasta de su obra. El tomo VII de *El espectador* precisa con ruda franqueza sus más directas impresiones de América o, más bien, de la Argentina. Libro admirable en que aparecen en sazón los dones excelsos del gran artista del estilo. Enunciaremos apenas los nombres de los capítulos: *Hegel y América, Sobre la expre-*



*sión fenómeno cósmico, Cuaderno de bitácora, El origen deportivo del Estado, El silencio, gran brahamán, Intimididades*, para detenernos brevemente en el último.

En rigor, comentar cada uno de estos ensayos sería escribir un nuevo ensayo. Tan llenos están de incitaciones; tanta magnífica siembra palpita en su música frase en la que, con la sinfonía de las ideas, debemos detenernos a admirar como un paisaje el milagro de la expresión traducido en maravillosas imágenes inauditas y en palabras de oro viejo que, troqueladas por sus manos sabias, vibran con una nueva resonancia. Navegamos en este libro en la alta mar del pensamiento y del estilo: la claridad de sus panoramas no nos distrae de la interior música recóndita que, como de un manadero, brota de lo profundo de su intimidad. Estamos ante un poeta que es un filósofo y que, pródigo de una belleza que derrama ante nuestros ojos como en un sueño oriental, no quiere que su mágico soborno sirva para ocultarnos la verdad, aunque nos hiera.

Vamos a internarnos en la Pampa. Otros vieron en ella el mar vegetal que al paso del viento religioso de la tarde tiene una verde ondulación de esperanza como la bandera de un pueblo nuevo que aspira a escribir su página en la historia. Ortega y Gasset ve esto y todo lo demás. Ya en el primer subtítulo ha clavado la flecha en el blanco: *La Pampa... Promesas*. Y las últimas frases del ensayo viril, valiente, honrado nos servirán de timón y brújula en esta invitación al viaje que hago a quienes quieran conocer la verdad de Ortega y Gasset sobre la Argentina:

Por eso, buen aficionado a pueblos, aunque transeunte, me he estremecido al pasar junto a una posibilidad de alta historia y óptima humanidad con tantos quilates como la Argentina. Síntomas de ese estremecimiento y no otra cosa son estas páginas donde he intentado guardar la equidistancia entre el halago y el vejamen.

Hasta hoy Ortega y Gasset nos había enseñado la lección de la gracia, de la precisión mental, de la alegría deportiva de las imágenes en medio de las frases grávidas de pensamiento. Unamuno, en cambio, leal a su fiera campaña civil, nos había contagiado su pasión heroica por la verdad, su angustia metafísica y humana y la inquietud siempre viva de su fe creadora. Ortega y Gasset fué siempre para nosotros el olímpico admirable. Unamuno el hombre con su rebeldía, con su contradicción y hasta con su estridencia. Ortega y Gasset fué el clásico; Unamuno, el romántico. Keyserling ha dicho: Ortega

y Gasset el europeo (el archieuropeo); Unamuno, el español. (El archiespañol habría que agregar.)

Admirábamos en Ortega y Gasset el maravilloso juego dialéctico, la fruición erótica con que acaricia las ideas con una bella arrogancia de don Juan de la filosofía, el deleite sensual de su estilo de plásticas frases musicales en que los períodos arquitectónicos abren al mundo sus claras ventanas para aprisionar el alma del paisaje. Sus intimidades sobre la Argentina nos muestran al hombre en la plenitud de sus viriles atributos. Nada ingrato con la vida, reclama como un lema para sus novelas o memorias futuras el imperativo que a sí mismo se dicta: *¡Nebli, nebli, suelta tu presa!* Su mirada que ha viajado sobre los cambiantes paisajes de la tierra hasta internarse en ellos y arrancarles su secreto (véanse los apuntes de viaje derramados en todos sus libros y, en especial, el admirable *Cuaderno de Bitácora* de este tomo de *El espectador*) trata en este dramático momento de comprender el alma de la Pampa. Pero la Pampa, en medio de su cósmica majestad elemental, carece del primer término, vive de su confín.

Acaso lo esencial de la vida argentina es eso, ser promesa. Tiene el don de poblarnos el espíritu con promesas, reverbera en esperanzas como un campo de mica en reflejos innumerables. El que llega a esta costa ve ante todo lo de después: la fortuna si es *homo oeconomicus*, el amor logrado si es sentimental, la situación si es ambicioso. La Pampa promete, promete, promete. ... Hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión. Todo vive aquí de lejanías, y desde lejanías. Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo, muy adelante, en el horizonte de sí mismo y desde allí gobierna y ejecuta su vida de aquí, la real, presente y efectiva. La forma de existencia del argentino es lo que yo llamaría el futurismo concreto de cada cual. No es el futurismo genérico de un ideal común, de una utopía colectiva, sino que cada cual vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad. Las ruedas de los molinos mecánicos que, como innumerables coleópteros, se alzan en la Pampa prometen todas y aspiran a ser cada una la auténtica rueda de la fortuna.

Vive el criollo absorto y embriagado en su esperanza:

siente dolor en miembros que le faltan y que, sin embargo, no ha tenido nunca. Frente a la Tierra Prometida es la Pampa la tierra promisoro. Si yo pudiese asomarme al alma de cualquier viejo criollo creo que sorprendería su secreta impresión de que se le ha ido la vida toda en vano por el arco de la esperanza, es decir, que se le ha ido sin haber pasado. No se trata de la sensación universal que a nadie ha faltado del fracaso mayor o menor que arrastra su vida. La cosa es más delicada. Para que nuestra vida fracase es menester que asistamos a su fractura, por tanto que la estemos viviendo. Pero si se me entiende con fino oído, yo diría que el criollo no asiste a su vida efectiva, sino que se la ha pasado fuera de sí, instalado en la otra, en la vida prometida. Por eso cuando al mirar la vejez mira atrás no encuentra su vi-

da, que no ha pasado por él, a la que no ha atendido y halla sólo la huella dolorosa y romántica de una existencia que no existió. Encuentra, pues, en rigor, el vacío, el hueco de su propia vida.

Es lo que el mismo Ortega y Gasset había descubierto antes, en 1914, como síntoma de la España de la Restauración. Dice en su conferencia *Vieja y nueva política*:

Hacia el año 1854—que es donde en lo soterrano se inicia la Restauración—comienzan a apagarse sobre este haz triste de España los esplendores de aquel incendio de energías; los dinamismos van viniendo luego a tierra como proyectiles que han cumplido su parábola; la vida española se repliega sobre sí misma. Este vivir el hueco de la propia vida fué la Restauración.

Pero este hombre que ha sido viajero atento de tan distintas latitudes se pregunta de repente si será verdadera su interpretación de la Pampa. El forastero, piensa, colabora con sus errores a aclarar ante los indígenas la verdad de su paisaje. Analizando los errores del viajero que viene de afuera descubriremos aspectos ignorados de nosotros mismos. Una bella paradoja: la verdad del viajero es su error. Pero, mayor dificultad, todo se puede ser en la Argentina, menos viajero. Salvo la bandada de ocas turistas que Cook desparrama sobre la tierra puede casi asegurarse que a esta hora no hay un solo viajero en la Argentina. Y de tal modo está acostumbrada la Argentina a esta ausencia de viajeros auténticos que, si llegaran, no sabría recibirlos.

La persona que al llegar a Buenos Aires dijese que no iba a nada determinado, sino simplemente a vivir, lo pasaría muy mal. Casi nadie la creería, en torno suyo crecería universal suspicacia y por el delito de no ir a nada se le imputarían los más inconfesables propósitos. De modo que se puede ir a la Argentina para todo, con tal que no sea para nada.

Y este asombro del argentino por que un extraño vaya a su tierra simplemente a vivir se origina en un hecho extraordinario e insólito: en que el argentino no vive. El argentino es *El hombre a la defensiva*. (Segundo y último sub-título de estas sustanciosas *Intimidades*.)

Como en la Roma de la decadencia, en la Argentina actual, pueblo nuevo que aspira a imperiales destinos, un estado de rígido perfil jurídico, máquina perfecta hasta donde ello es posible, aplasta la espontaneidad social y quiere intervenir en todas las manifestaciones de la vida colectiva. El hombre, escudado tras su máscara social, oculta su intimidad y pasa la vida en la representación de su personaje, subrayando el papel que le ha tocado en el reparto como, según Cervantes,



el pseudo pintor Orbaneja escribía: *Esto es un gallo* al pie de lo que pintaba. No se puede hablar con el argentino de ningún alto tema artístico, científico o filosófico porque todas sus fuerzas están movilizadas en la defensa de sí mismo. El argentino vive en estado de sitio permanente. Sin que nadie lo ataque, vive apercebido a la defensa.

Mientras nosotros nos abandonamos y nos dejamos ir con entera sinceridad a lo que el tema del diálogo exige, nuestro interlocutor adopta una actitud que, traducida en palabras significaría aproximadamente esto: Aquí lo importante no es eso, sino que se haga usted bien cargo de que yo soy nada menos que el redactor jefe del importante periódico X; o bien: Fíjese usted que yo soy profesor en la Facultad Z; o bien: ¡Tenga usted cuidado! Está usted ignorando u olvidando que yo soy una de las primeras figuras de la juventud dorada que triunfa sobre la sociedad elegante porteña. Tengo fama de ingenioso y no estoy dispuesto a que usted lo desconozca.

Y aquí el admirado maestro nos permitirá un paréntesis acaso no agradable para él como no han de ser tal vez, y sin tal vez, agradables para el argentino los contornos caricaturescos con que el viajero ilustre esboza su perfil. Es un alcance más a su rudo exabrupto del tomo IV de *El espectador*. Allí, en medio de un alto tema, hacía irrupción con agresiva soberbia la herida violenta de una vanidad pequeña. Ortega y Gasset clamaba porque más de un hispanoamericano había atribuido a Spengler ideas que le pertenecían desde 1914. ¿Y no es esta misma inquietud el *leit motiv* perenne de la tenaz insistencia con que en sus diversos libros nos advierte un día que formuló su perspectivismo antes que Einstein su gloriosa teoría de la relatividad; las ideas tales o cuales antes que Spengler escribiera *La decadencia de Occidente* bautizada por él mismo como «la peripecia intelectual más estruendosa de los últimos años»; la interpretación de la historia atendiendo a los ritmos biológicos de sexo y edad y la idea de las generaciones antes de las últimas escuelas de historiadores alemanes? ¿No hay en todo esto una emanación pueril de la vanidad del grande hombre que, anticipándose a las historias del porvenir, se encarga él mismo de arreglarnos la figura con que habrá de perpetuarse su nombre de maestro? ¿No lleva también el grande hombre, emboscado en el paisaje múltiple de su intimidad, un *hombre a la defensiva* que lo hace luchar con fantasmas? Porque cuando nos sorprenden estas actitudes incomprensibles en un hombre de su genio, nos parece que Ortega y Gasset, con bastante anticipación, por cierto, trabaja fiero y descomunal combate con magos y encantadores que quieren arrebatarse sus títulos al mundo elíseo de su vida futura.

Podrá argumentarse que en el caso del argentino éste se defiende de antemano de quienes no lo atacan. Pues bien, en el caso de Ortega y Gasset el maestro mueve la máquina de rayos y relámpagos de su ira magnífica para defenderse de lo que él, una vez más, llama con desdén de gran señor, «escritorzuelos ultramarinos». ¿Cabría siquiera imaginar que esta pobre gente iba a provocar tan abundante efusión atrabiliaria y antipática a todo un José Ortega y Gasset?

Porque, digámoslo con toda franqueza y con todo respeto a su alta figura intelectual, Ortega y Gasset asegurándonos que formuló tal idea antes que Scheler, Keyserling o Spengler nos hace el mismo efecto que un doctor argentino que sin haber para qué afirmaba con toda seriedad en una conferencia ante un público universitario que Hipólito Irigoyen es el primer estadista de América (¿hay en la hora actual estadistas en América?); que Alberdi es el precursor del materialismo histórico de Marx; que el comercio exterior de la Argentina es superior a la mitad del comercio exterior de los demás países de la América del Sur juntos; que en los sectores universitarios de la Argentina se viste a la última moda filosófica y que sólo allí se tienen noticias en América de la existencia de la escuela filosófica de Marburgo; que la reforma universitaria argentina es un hecho único y eminente en la historia universal; que la República Argentina... etc., etc. Mareaba oír tal hipertrofia sonora y vacía de la vanidad nacional. ¡Cómo, escuchándolo, recordábamos a cada rato la *Carta a un joven argentino que estudia filosofía* de don José Ortega y Gasset!

Pero también hemos recordado la carta del maestro cuando con lo que él llama una enfadosa insistencia de profesor cuida repetirnos que es él y no otro el primero en lanzar tal nueva idea al orbe de la cultura. ¿No habrá en todo esto un síntoma de provincianismo, mal español estigmatizado con pasión en más de una página admirable de *El espectador*? Baroja, a su vez, nos recordaba en *Juventud, Egoatría* que eran los españoles los provincianos de Europa.

No se nos vaya a atribuir a alguna menguada reacción del sentimiento nacional estas observaciones acaso erradas pero siempre sinceras. Ni habría razón para ello ya que el mismo Ortega y Gasset, por razones que no se nos alcanzan, habla de Chile como uno de los pocos—quien sabe si el único—países deliciosos para vivir. Todo lo contrario de la Argentina: país donde nadie vive y en el que no se puede comprender que alguien pretenda vivir. Y volviendo a Chile ha llevado Ortega y Gasset el ditirambo hasta suponer que «esta copia feliz

del Edén» hubiera sido un país amado por Stendhal. (¿Por qué?)

No puede, pues, movernos el resentimiento al marginar con estos comentarios las actitudes olímpicas del maestro español. El piensa y dice de nuestro país pensamientos que, por desgracia, nosotros mismos no podemos repetir como emanados de nuestra intimidad. Siempre los hemos de repetir entre comillas. Es, sencillamente, el deseo de comprender el que mueve nuestros pasos. El mismo deseo que una y otra vez nos ha hecho internarnos en su obra llena de encantados paisajes y mágicas sinfonías.

Tras este paréntesis en torno a Ortega y Gasset volvamos al argentino que el maestro nos presenta. Ya sabíamos que, según este fino y agudo espectador, era el argentino el hombre a la defensiva. ¿Qué puede haber originado esta actitud que convierte al argentino en un servidor de su máscara? El apetito de los demás que ve en la situación ajena un blanco magnífico sobre el cual disparar como una saeta la garra ávida de su codicia. La inseguridad de sí mismo que siente el que, usufructuario de una situación, comprende que ésta es más grande que sus títulos para gozarla. Dos respuestas que, en rigor, deberían también llevar signo interrogativo. En su fondo insobornable el hombre que se hace visitas a sí mismo y que se muestra a los demás como el cicerone muestra la estatua, no puede engañarse ni hacerse ilusiones sobre su capacidad. Pero eso no importa. Embriagado de la contemplación de su imagen, cruza por el mundo esclavo de su papel. El guarango, tipo nacional argentino, es el hombre que anticipa su triunfo. ¡Definición magnífica! Creyendo que es ya lo que aspira a ser, adopta una actitud bronca e incivil. Hace sonar las puertas para que umbral y dintel subrayen como un marco su presencia ante quienes, ingenuos, quieran—o no quieran—admirarlo. Si es escritor—el argentino comienza siendo gran escritor—no le preocupará escribir bien, mal o peor. Lo importante será fabricarse un gesto de gran escritor y someterse a su tiranía. Si es tímido fiará su triunfo al anónimo. Buenos Aires es la ciudad de los anónimos. En el argentino, que es el hombre sin vocación, florece sin embargo con dinámica intensidad esta vocación nacional: la vocación de imaginar el porvenir como presente. Hasta leyendo con atención el *Martín Fierro*, poema rústico y romántico, puede advertirse que su monólogo es un diálogo: el Narciso gaucho habla con su imagen y se queja de que los demás no la reconozcan.

Pero este argentino pulido y repulido que, ahogado por su

propia imagen, no vive sino de espaldas a la vida, pasa haciéndose visitas a sí mismo para gustarse, mirarse y admirarse y subraya ante los demás la importancia de lo que él cree su papel, es un hombre admirablemente dotado. Sólo que no se interesa por nada que no sea la imagen que de sí mismo ha soñado.

¿Cuál es la dificultad que tiene el europeo para comunicar con el argentino que siente con énfasis el grandioso destino de su argentinidad? Este hablará idiomas y pensamientos europeos y sin embargo el viejo continental no encontrará en el trato del argentino la actitud confiada de la entrega. El hombre a la defensiva aparecerá desde el primer momento al europeo. Porque el argentino sentirá tan débilmente su adhesión a la misión social a que aparece ligado que hay en él dos orbes incomunicados e incommunicantes. De un lado, el hombre sometido a su máscara, el hombre que se embriaga bebiendo su imagen. (Porque el argentino es Narciso, la fuente y su imagen.) De otro, el hombre auténtico que vive extraño a la íntima esencia de la función con cuyo rótulo se decora y aparece ante sus semejantes como el eminente doctor, el laureado poeta, el catedrático y conferenciante de moda. Y como este hombre no comunica consigo mismo tampoco puede comunicar con los demás. El anhelo desmesurado de bienestar, el sueño de un triunfo rápido y sonoro hacen del argentino un instrumento de apetitos bastos y urgentes. El italiano, el español, el ruso pierden las características que tendrían en sus tierras de origen y braceando en el mar de la emigración tratan de enriquecerse a todo trance en el más breve tiempo y con el esfuerzo más liviano. Acaso en este hecho de la competencia brutal y sin descanso halle su justificación la actitud del hombre a la defensiva.

Porque Argentina siendo de las repúblicas de América la menos factoría es, al mismo tiempo, la más factoría. Hay en ella dos mundos: el del hombre nacionalizado y el del hombre de la emigración más reciente. A respecto, conviene no forjarse ilusiones:

He de decir que en mi último viaje—doce años después del primero—me ha parecido notar un crecimiento de la dimensión de factoría que posee la Argentina, con la recíproca mengua del otro componente. Y es natural que en una historia como la de este país—tan parecida en muchos puntos a la de Roma—sobrevenga un forcejeo periódico entre ambos ingredientes. En este momento domina el hombre abstracto que el mar ha traído sobre el hombre histórico que la tierra ha plasmado.

Mientras llegue el momento en que la Argentina deje de ser factoría—palabra que reemplazada por su equivalente griego de emporio perderá su cariz humillante y despectivo—para ser una nación orgánica y articulada, las cosas han de marchar con un ritmo vertiginoso en el que las apariencias han de ocupar el primer sitio. Así, por ejemplo, habrá un número de universidades desproporcionado a las necesidades de la cultura ambiente. Se improvisarán profesores para disfrazar un estado mental indigente que no se conforma con su mediocridad y quiere mostrar, subrayándola, una espléndida suficiencia en las distintas zonas del conocimiento y la sabiduría. La incompetencia vestirá su librea magnífica y su birrete de doctor cortados a su medida en la fábrica inagotable del Estado. No quiere decir esto que en otras partes, en España por ejemplo, no haya también profesionales incompetentes. Pero es distinto el fenómeno argentino. En España puede existir—y existe—el hombre que carece de condiciones naturales para el ejercicio de una profesión; pero la profesión ha existido desde siempre para él y no improvisa su ejercicio. Con dotes naturales más escasas, resulta un mejor profesional. El argentino, admirablemente dotado, mira la profesión como una etapa transitoria para mejorar su situación y, desapegado de su oficio, hace de él un trampolín para su encumbramiento. No olvidemos que Ortega y Gasset cree a la Argentina el pueblo de habla castellana con mayores posibilidades de inteligencia.

Pero este animal espléndido no entrega a ninguna carta su exuberante vitalidad juvenil. Siendo el pueblo con más vigorosos resortes históricos llega a desatender su auténtica vida por la falta de una minoría enérgica capaz de suscitar en él el amor de las grandes empresas colectivas que hacen de una nación el plebiscito diario que soñaba Renan. En medio de desenfrenados apetitos y arribismos indisciplinados cada cual ha aspirado a ser aquello que podía asombrar y desarmar al vecino, hombre a la defensiva que a su vez adoptaba una actitud idéntica. Preocupado de defender su fantasma personal, el argentino ha debido arremeter contra el fantasma del prójimo hasta dejar estereotipada en su psiquis la actitud permanente de defensa. El que consiguiera templar y encauzar el narcisismo argentino liberándolo de su afán gesticulante y empujándolo a vivir con sinceridad su propia vida podría hacer lo que quisiera de esta raza juvenil y dinámica. Porque si hay algo grande en el pueblo argentino es su voluntad de ser y disparar el arco tenso de su esfuerzo hacia altas y extraordinarias empresas.



Tales son nuestras fugitivas anotaciones a las *Intimidades* que la Pampa dictó a Ortega y Gasset. Quisiéramos recoger algo del estremecimiento del maestro, de su tremante y honrada sinceridad ante la bullente vitalidad del hecho argentino. Y con la misma leal sinceridad con que hemos procurado abreviar su pensamiento—no afirmamos haber conseguido lo que, de antemano, juzgábamos imposible—preguntémonos: ¿Es, en sus líneas generales, justo este esquema del argentino que el mismo autor considera recargado en alguna de sus líneas? ¿No será una vez más un magnífico desdén imperial del filósofo que mira desde sí mismo, como desde un promontorio, hombres, culturas y continentes? Si es una audacia formular estas preguntas, mayor audacia significaría resolverlas al modo magistral y dogmático.

Dejemos clavadas las saetas de su incitación para que otros, con mayor autoridad y claridad, sientan el buen deseo de iluminarnos en este laberinto del alma argentina que Ortega y Gasset deja entrever con una ruda franqueza que, desagradable al pronto por lo sorpresiva y rotunda, habrá que agradecerle para siempre.—R O B E R T O M E Z A F U E N T E S.